

LA AVENTURA DE ANITA AMSTULDEN

VIVIA antaño, en la aldea suiza de Gergell, un pobre agricultor llamado Guillermo Amstulden. Su familia se componía de su esposa María y dos hijos, Juan y Anita. Juan tenía cinco años y era un valiente muchachito aquejado de una doble desgracia, pues era sordomudo. En cuanto a Anita, era una nenita de apenas un año de edad, rubia, gordita y sana, que miraba todo lo que la rodeaba con dos grandes ojos azules, cándidos y asombrados. La familia vivía en una alegre casita de la ladera de la montaña y se mantenía de lo que producían algunas cabezas de ganado. Durante la estación buena, habitaban en la parte más elevada de la montaña. Se conformaban con poco, y cantaban todo el día un alegre estribillo acompañado por la argentina música de las campanas del rebaño. En invierno, calafateaban la casa, y el padre, que trabajaba muy bien la madera, dedicaba las largas veladas a hacer lindos trabajitos que luego vendía, y la madre hilaba o tejía la ropa que la familia necesitaba. Había llegado la primavera. Las primeras flores anunciaban los días lindos. El arroyo volvía a dejar oír su canción, la nieve chispeaba en los picachos acariciados por un sol que ya dejaba sentir su calor. Guillermo Amstulden decidió que durante ese mes llevarían el ganado a la parte más alta de la montaña donde la hierba era fresca y abundante. Así, una hermosa mañana todos se pusieron en camino hacia la cumbre. En cuanto llegaron, instalaron a Anita a la sombra de un arbusto bajo la vigilancia de Juanito, y sus padres se fueron a atender su trabajo a cierta distancia de allí. Apenas había transcurrido una hora, cuando de repente vieron llegar a su hijo. Con el rostro desfigurado, el niño parecía lleno de terror y agitaba frenéticamente los brazos hacia el cielo. Adivinando que había sucedido una desgracia, los padres interrogaron al pequeño sordomudo, quien, lejos de calmarse, empujaba a sus padres hacia el lugar donde habían dejado a Anita.

-¿Dónde está? - exclamó la madre enloquecida delante de la cuna de follaje de la cual la niña había desaparecido. Pero el padre ya lo había comprendido todo. Un águila, poderosa como pueden serlo las que frecuentan las altas cumbres, se había llevado a la niña. ¿Qué hacer? En el cielo azul ni rastros se veían del ave de rapiña. Esta debía ahora ir volando hacia su nido, donde le esperaba sin duda una nidada de ávidos aguiluchos, en algún rincón inaccesible de la montaña. Horrorizados, los padres de Anita no podían apartar del cielo sus miradas. ¿Qué buscaban en él? El rostro del Padre celestial, a quien amaban y servían y quien, por un milagro, iba seguramente a devolverles la hijita arrebatada.

-¿Por dónde puede haberse ido este animal? -monologaba Juan Sheuer, joven y audaz cazador de gamuzas, ocupado en ese instante en perseguir a un animal joven al que había herido de un tiro. Se detuvo para orientarse y comprobó que se hallaba muy arriba en la montaña. En equilibrio sobre la arista resbaladiza de una roca, inspeccionaba el horizonte delante de sí, cuando oyó un piar extraño encima de su cabeza. Asombrado, alzó los ojos y para gran sorpresa suya, descubrió un nido en una anfractuosidad de la alta muralla rocosa que se erguía detrás de él, y de la cual lo separaba una grieta profunda.

-¡Oh! ¡Un nido de águilas! -murmuró el cazador, olvidando a la gamuza que debía estar ya muy lejos- Sería sin duda una buena acción destruirlo...

Mientras el joven montañés se hacía esta reflexión, vio pasar por encima de su cabeza y en dirección hacia el nido un águila que llevaba una criatura entre sus potentes garras. Al ver esto el cazador, su corazón latió fuertemente

¡Oh, Señor! -murmuró, anonadado de estupor; pero pronto añadió-: Si me ayudas, salvaré a ese niño, aun a riesgo de romperme los huesos. Y poniéndose el fusil a la espalda, anudó con rápido ademán la larga cuerda que llevaba arrollada a la cintura, tomando así sus medidas para realizar la peligrosa ascensión. Desde el nido, el águila hembra lo había visto todo: a la niña de la cual sus aguiluchos iban a poder alimentarse y también al hombre cuyo objeto no podía ser más claro. Con las alas extendidas sobre la nidada y el ojo avizor fijo en el cazador, el ave se dispuso al ataque. Este llegó rápido y repentino. Teniendo con una mano la cuerda que estrechaba con las rodillas, con la otra Juan Scheuer se echó el fusil a la cara, apuntó y tiró a la cabeza del pájaro extendido sobre el nido. Así se libraba de un enemigo. Pero, ¿qué iba a hacer el macho que sostenía siempre su presa? Rápidamente la depositó en el nido, en medio de los aguiluchos inquietos, que no se preocuparon de ella y, lanzándose resueltamente sobre el hombre, le hundió el acero de sus garras en los hombros mientras que con el pico trataba de arrancarle los ojos.

El ataque fue tan brusco que el joven cazador, a pesar de su fuerza y valor, casi soltó la soga. Protegiéndose lo mejor que pudo con un brazo la cara amenazada, buscó con la otra mano el corto y sólido puñal que llevaba en su cintura, pues su fusil se había vuelto un estorbo inútil.

La lucha no duró más que algunos instantes. Alcanzada en pleno pecho, el ave de rapiña soltó la presa y rodó al fondo del abismo. El camino estaba libre; no quedaba más que degollar los aguiluchos y hacerse cargo de la niña, a quien la Providencia había salvado milagrosamente la vida.

Aunque gravemente herido en los hombros y en las manos por el águila, Juan Scheuer volvió alegremente llevando con mil precauciones la preciosa carga. Imaginaos el gozo que hubo en la familia Amstulden. Lloraron de alegría y dieron gracias a Dios por haber oído las oraciones que habían elevado hacia él. El valiente joven fue cuidado y colmado de atenciones hasta el momento en que, habiendo sanado de sus heridas, volvió a tomar el camino de la montaña.

La pequeña Anita se hizo célebre en diez leguas a la redonda, y el nombre de su salvador estuvo mucho tiempo en todos los labios. La niña creció y llegó a ser una hermosa joven, se casó, luego fue madre amante y, por fin, una anciana abuela que murió de más de noventa años y tuvo muchas veces ocasión de contar su historia a sus hijos y a sus nietos y aun a sus bisnietos.